

SUSCRICION

Madrid: 2 pesetas al mes; 6 id. trimestre.
Provincias: 7.50 id.
Extranjero y Ultramar: seis meses, 5 pesetas fuertes en oro.
Número suelto: una peseta 50 céntimos.

SUMARIO

I. El niño rico.—II. Testamento de una pobre.—III. Los nidos.—IV. La niña y la mariposa.—V. Á un niño.—VI. Excmo. Sr. D. Manuel María José de Galdo.—VII. El sexto mandamiento.—VIII. La madre naturaleza.—IX. Poesía.—X. La mano de gato.—XI. Sección recreativa.—XII. Suelto, soluciones y advertencia.

OFICINAS
Fuencarral, 3, principal
MADRID

No se sirve suscripción cuyo pago no se anticipe.
Anuncios y esquelas de defunción de niños á precios convencionales.

EL NIÑO RICO

Del mismo modo que la Naturaleza es un heterogéneo conjunto de seres diferentes en sus formas y desiguales en sus principios, pero convergiendo todos en una base común, la sociedad se compone de miembros de distintas condiciones y diversas facultades, que en armónico todo, tienden á cumplir su fin, bajo el manto de unas mismas leyes y el patrocinio de idénticas aspiraciones.

En la sociedad existe el desnivel de fortunas, el contraste de caracteres.

Las leyes impuestas por los hombres, dictadas por la conciencia y sancionadas por la Moral; las tendencias grandes y sublimes de la civilización y del progreso; el desarrollo creciente de las exigencias del cuerpo y de las necesidades del espíritu; el misterioso camino que cada ser recorre sobre la tierra, sin darse cuenta de su fin; todo, todo contribuye á que en el mundo haya la desproporción de fortunas que tantos enemigos ha tenido siempre en mentes poco avenidas con la razón y con la lógica.

El rico lo es, las más de las veces, por herencia de sus mayores; otras, no tantas, por esfuerzos de sus facultades intelectuales y corporales; algunas, por improvisaciones admirables, no siempre justificadas ante los fueros de la conciencia.

Sea el que quiera el conducto por donde adquirieron las riquezas, todos hacen uso de ellas, salvo raras excepciones, de la misma manera, en lo tocante á la educación de sus hijos.

Todas son atenciones exageradas, cuidados superfluos en rededor de la cuna del hijo del potentado.

De tal modo se vigila para prevenir en el acto cualquier accidente desagradable, que hasta se trata de suprimir el aire puro ambiente, con objeto de que no moleste al pequeño.

Estas precauciones antihigiénicas y anti-naturales, solo sirven para conturbar la funciones regulares de su vida, y poco á poco va creciendo raquítico de cuerpo y de inteligencia.

Porque son pocas las criaturas que tienen el privilegio de poseer un espíritu grande, teniendo viciado el organismo por la saturación de los placeres.

De aquí que los sentimientos humanitarios son escasos en los niños que desde sus primeros años solo ven comodidades y abundancia en torno de su persona.

Quien no ha saboreado, siquiera por breves instantes, los amargos frutos de la indigencia; quien nunca ha visto ni por sola una hora, su mesa falta de pan; quien jamás en noche helada y tempestuosa se ha encontrado falto de lecho y de abrigo; quien en ningún

tiempo ha sentido el punzante dardo de la estrechez que ahoga cual terrible dogal el cuello del desvalido, no puede apreciar las tribulaciones de su prójimo; es más, no puede comprenderlas, y por una consecuencia lógica, no está propicio á ponerlas el consiguiente remedio.

Sabido es que para juzgar un acto, un hombre, ó una época, es preciso no ver las cosas bajo el prisma de nuestro modo actual de ser, sino penetrarse bien de las circunstancias determinantes.

Las leyes de los judíos consignadas en el *Exodo*; las severas prescripciones de los indios, estampadas en los *Vedas*; las austeras disposiciones de los códigos de Licurgo y de Solon, que hicieron de la península helénica el pueblo más grande del mundo, no pueden concebirse sin estar al tanto de las bases de cada una de aquellas sociedades, sin estar impregnado de la atmósfera que en aquellas generaciones se respiraba.

Por eso el niño rico no puede, porque no tiene motivos para ello, conocer las necesidades del pobre para ahuyentarlas con sus socorros, y si tal vez llegan á sus oídos, no las comprende, del mismo modo que un ciego de nacimiento no puede darse razón de los colores, aún después de haber oído la explicación del más sábio profesor.

Los padres son los que deben inculcarle el amor á sus semejantes, las santas máximas de la caridad, procurando hacerle comprender que lo mismo el que se mecía en dorada cuna que el que solo tuvo por lecho el duro suelo, han sido creados por un mismo Padre, que á todos los ama por igual, y que ante El no existen jerarquías, razas ni privilegios.

El niño á quien la fortuna colmó de sus más preciados favores, no debe olvidar que las riquezas del mundo Dios las quita y El las da á quien place á su voluntad omnipotente.

Debe tener siempre muy presente que la opulencia no le exime de cumplir los deberes que tiene contraídos con Dios, con la sociedad y consigo mismo.

Que á Dios debe cuanto tiene y que ha de seguir sus leyes, que son las del amor y de la caridad.

Que á la sociedad debe servirla, coadyuvando como útil y laborioso ciudadano, al común bienestar.

Que á sí mismo debe el desarrollo físico más perfecto y la instrucción intelectual y moral más acabada.

No debe echar en olvido que las riquezas mal utilizadas conducen al ocio y éste al vicio.

Licurgo, el sábio legislador de Esparta, declaró criminal al lacedemonio que al morir dejase riquezas.

Únicamente quería que sirviese el dinero para satisfacer las necesidades urgentes.

El espartano, según él, únicamente debía poseer un gran caudal de virtud, y esto era lo único que debía legar á sus hijos.

Conocía tan profundamente el daño que las riquezas causan á los pueblos, que solamente permitió acuñar monedas de hierro del más ínfimo valor y de un peso exorbitante, para que nunca se pudieran llevar encima, de suerte que se necesitaba un carro para transportar ocho ó diez monedas que apenas valían nada.

Perseguía continuamente el contrabando de metales preciosos, y aquel en cuyo poder se hallasen, era condenado á muerte.

Esto hacia uno de los sabios de Grecia, profundo conocedor del corazón humano, y consumado estadista de su tiempo.

No se crea por esto que deseamos ver implantada hoy la doctrina de aquel grande hombre, no: Licurgo dictaba leyes para un pueblo de soldados, y las condiciones de nuestra sociedad distan enormemente de las en que se hallaba entonces la patria de Leonidas.

Pero sí debemos consignar que no debe reputarse la riqueza como agente de placeres y de caprichos; sino como medio de satisfacer moderadamente las necesidades y aspiraciones del espíritu.

Esto es lo que los padres opulentos deben enseñar á sus hijos; inculcarles otra cosa, es conspirar contra su propia felicidad.

Hay ciertos padres, de espíritu metalizado, de inteligencia bien limitada, que creen de una manera profunda que sus riquezas bastan á sus hijos para todo, y que por tanto no necesitan estudiar ni aprender nada.

No queremos calificar esta opinión, porque en el Diccionario no hay palabra bastante enérgica y expresiva para ello.

Es el mayor de los absurdos, y aún más que absurdo, pretender que ese vacío que el alma de todo hombre siente; esa aspiración hacia la verdad, el bien y la belleza, que es innata en el espíritu de la criatura racional; esa tendencia insuperable á buscar lo infinito como centro y origen de lo que existe; ese amor inmenso que atesora el corazón, pueden satisfacerse, pueden saciarse con un puñado de oro.

Esto no solamente lo repugna la razón, sino que lo anatematiza la conciencia y lo rechaza el sentido común.

¡Y sin embargo, hay quien así piensa, si es que puede llamarse pensar el creer una utópica descabellada é indigna de seres racionales!

Los que así sienten, llevan la penitencia en el pecado, porque la actual generación, por más que conoce la utilidad y necesidad del capital, aprecia en mucho más la ilustración, y da un calificativo bien denigrante, pero justo, al que se presenta ante ella queriendo hacerse valer por sus merecimientos de metal.

Podrá introducirse el rico que así piense en los más aristocráticos salones, tratarse con las más elevadas personas, verse adornado de todos los honores y condecoraciones del mundo, recibir vasallaje de todos aquellos que le son inferiores en dinero, llegar tal vez á lo más encumbrado..... doquiera que se encuentre, será inmediatamente conocido y solemnemente despreciado.

Huyan de esto los padres; enseñen á sus hijos á ser hombres antes que á ser ricos; háganles comprender que todos somos hermanos y que la caridad es la virtud que en más alto grado debe tener el opulento, y el niño rico será apreciado en todas partes por sus bellas cualidades sociales.

JOSÉ NOVI Y PEREDA.

TESTAMENTO DE UNA POBRE

Es una pobre bohardilla
sombria y desmantelada;
ni estera se vé en el suelo
ni animan su hogar las brasas:
Imponente en su miseria
está la humilde morada,
porque en aquellos momentos
la caridad la acompaña,
la pobreza la hace digna,
y un cadáver casi santa.
Sobre un lecho miserable
se encuentra un cuerpo sin alma,
y una jóven junto al lecho
vierte un torrente de lágrimas...
no es prenda suya la muerte,
aunque la llora y la guarda;
vecina y amiga fué,
aun más que ella desgraciada,
pues que cariño y cuidados
le dió con voluntad franca,
bienes que registra Dios,
que del pobre deudas paga.
En breve Juez y escribano
entran en la humilde estancia,
y para cumplir la ley
lo poco que hay inventarian,
mas al abrir un cajon
de mesa desvencijada,
con una carta tropiezan
y en el sobre estás palabras:
«Mi testamento á Maria.»
Una sonrisa de lástima,
mas que codicioso anhelo,
á todos tal pliego arranca,
y separándose á un lado
le recorren en voz baja.
Con burla á leer comienzan,
con seriedad luego avanzan,
y al cabo con gran respeto
vuélvense á la jóven cándida,
y entregándole aquel pliego
que para ella se trazara,
salen de aquella mansion
que hace la caridad grata,
la pobreza respetable,
y un cadáver casi santa.
Toma la jóven el pliego,
y con vista conturbada,
acierta á leer apenas
estas sentidas palabras:

«Poco há, en venturoso dia,
nos conocimos las dos;
hoy te abandono, Maria,
reza por mi alma, hija mia,
que vá al tribunal de Dios.

Sola y pobre en tí encontré
caritativos cuidados,
en que en ellos hallé,
en goces mas codiciados
disfrutar no pude á fé.

Hoy este mundo al dejar,
nada ofrecerte podia,
mas del alma he de arrancar
unas palabras, Maria,
por si te logran guiar.

Ellas forman este escrito,
recíbele con anhelo,
vé que está casi bendito...
¡es de un alma el postrer grito,
ya entre la tierra y el cielo!

Nací pobre y rica fui;
hermosa me contemplé,
ser amada merecí,
y cuantos bienes soñé
tantos á mi alcance vi.

Y te juro con verdad
que aún infeliz me creía,
que entera felicidad
no es patrimonio, hija mia,
de la pobre humanidad.

Por eso, con mi experiencia,
decirte quiere mi amor
que el germen en la existencia
del placer y del dolor,
está en la propia conciencia.

Jamás, pues, por alcanzar
bienes que en otro has de ver,
te impongas un mal estar;
no es riqueza poseer,
lo es, hija, no ambicionar.

Aunque pobre, tu dulzura
te dará la abnegacion
que mitiga la amargura,
y si no da la ventura
da la calma al corazon

No anheles alto brillar,
quédate siempre en el fiel
del saber, del bien obrar,
y envidiando tu nivel
algun alto ha de bajar.

Y si aún así el corazon
llega penas á sentir,
sufre con resignacion...
solo quien sabe sufrir
es digno de redencion!

Ahora, adios, en ráudo vuelo
mi ánima vá al infinito...
fuiste mi postrer consuelo;
recibe con este escrito
mi bendicion desde el cielo!»

La jóven escondió el rostro
entre sus manos heladas,
y sus pálidas mejillas
bañaron copiosas lágrimas,
besando despues piadosa
aquellas breves palabras,

que serian un escudo,
de su orfandad desdichada.
Cuando á llevarse un cadáver
entró la Iglesia cristiana,
la jóven salió tras él
de aquella humilde morada,
que por algunos momentos
hizo la caridad grata,
la pobreza respetable,
y un cadáver casi santa.

JOAQUINA BALMASEDA.

LOS NIDOS

CUENTO QUE NO LO PARECE

Hay un hada que vela en torno del lecho donde reposa el niño, durante las noches de sus primeros años.

Su varita mágica tiene en un extremo un pedazo de hierro, y en el otro un pálido rayo de la luna: con éste, inspira al niño esos sueños dulces, inocentes y tranquilos, que son el producto de una conciencia satisfecha; con el otro, puebla sus noches de esos aterradoros fantasmas, que agitan sus alas tenebrosas, hiriendo con ellas la frente de aquellos que durante el dia han cometido alguna accion mala, que su conciencia les reprocha.

Es decir; el hada de que os hablo, tiene un perfil sombrío para los niños que descuidan sus deberes, y una anreola de luz inefable para los que caminan con paso firme por el sendero del bien.

Juan la conocia perfectamente, porque una noche, en su niñez, experimentó los efectos de su varita mágica, cuando apoya en la frente de los niños el hierro de uno de sus extremos.

Juan es un buen muchacho que apacenta un rebaño de ovejas en el término de un lugarejo que existe medio escondido entre los riscos y fragosidades de la Sierra de Avila.

Ha cumplido veinticinco años; si le conocieseis le oiriais hablar más de una vez del hada de los sueños, como él la llama.

Los muchachos le hacen rabiar todo lo que pueden, pero él se venga, regalándoles figuritas de madera, que talla de una manera tosca con su navaja, y recogiendo en el campo algunas yerbas, cuyas virtudes él sólo conoce, con las cuales los sana cuando están enfermos, apesar de que el boticario y el médico dicen que es un embaucador.

Pero como Juan no se hace pagar sus curas, nadie se queja.

¿Sabeis por qué le hacen rabiar los chicos? Porque el pastor les impide, siempre que puede, que cojan los nidos que las alondras, jilgueros y pitirojos hacen por la Primavera en las copas de los árboles, y en los agujeros inferiores de los puentes rústicos que atraviesan los arroyos de la Sierra.

Bajo este punto de vista, Juan es inexorable, y disputa formalmente con cuantos tratan de burlar su vigilancia.

Se ha constituido en protector de los pájaros, y defiende á capa y espada sus derechos á la libertad que les concede la naturaleza, y que el hombre les cercena, unas veces por gula, otras por capricho, pero siempre injustamente.

Las avecillas parece que conocen que tienen en él un amigo: bajan al aprisco cuando Juan come ó almuerza, recogen las migas de pan que aquel deja caer en el suelo, y se suben sobre sus hombros y su cabeza, picoteando los ásperos cabellos que la cubren, y lanzando en su oído dulces gorjeos, como si le agradecieran sus cuidados y sus afanes.

El pastor interviene en sus disputas como un juez de paz, y arregla muchas cuestiones, que sin él tendrían un trágico desenlace.

No es, ciertamente, la persona más autorizada para oponerse á que los muchachos arrebatan las crias de sus nidos, porque Juan, en su niñez, fué terrible perseguidor de los animales que hoy defiende.

Sus calzones de paño burdo siempre estaban rotos por el ejercicio continuo de subirse á los árboles y

trepar por las rocas en busca de nidos: su pobre abuela no vivía más que para remendárselos, y más de una vez aseguró que con el tiempo no habría en Santa María de Nieva el paño suficiente para surtir á su nieto de calzones.

Juan era un tirano, un déspota que sacrificaba á los jilgueros y verderones á sus crueles caprichos, y había logrado sembrar el pánico entre los pájaros, para quienes era una especie de Herodes, un Neron, en miniatura.

El niño se llevaba á su casa la nidada, sin hacer caso de la desesperacion de los padres al ver vacío el el nido de sus amores; pero no porque tuviese afición á los pájaros, á quienes encerraba en una jaula, olvidándose, por coger otros nuevos, de darles de comer, con lo que las inocentes avecillas, ó moríanse de hambre, ó á manos de algun gato, lo cual era algo peor.

En cierta ocasion cometió un acto verdaderamente infame: una nevatilla vió que la arrebatara sus hijuelos; siguióle hasta su casa, y se puso á piar tristemente en el borde de la ventana: Juan arrojó una piedra y mató á aquella cariñosa madre, cuyo único delito era el de pedir compasion para sus hijos.

En aquella época, Juan era un mal sugeto, y su torpe conducta no podía menos de excitar la indignacion del hada de que ántes os he hablado.

Una noche, Juan se durmió sobre un rastrojo.

El hada bajó, cabalgando en los rayos de la luna, y aproximándose al niño, le tocó en la frente con el cabo de hierro de su varita mágica.

El paisaje fué trasformándose poco á poco en un sitio sombrío y triste, limitado por un horizonte cubierto siempre de pardas nubes; hacia su derecha se veía un edificio cuyos ennegrecidos murallones recordaban esas lúgubres fortalezas de la Edad Media, que sólo albergaban prisioneros.

Juan vió avanzar á un hombre de aspecto feroz, llegó hasta él y le asió por el cuello.

El niño quiso en vano defenderse. ¿Cómo habían de luchar sus débiles fuerzas con la desarrollada musculatura de aquel? No pudo gritar pidiendo auxilio, porque su garganta se negaba á lanzar el más leve sonido.

Cuando quiso recordar, se encontró encerrado en uno de los calabozos de aquella horrible fortaleza.

El hombre aquel no siempre acudía á darle un pedazo de pan negro y un sorbo de agua corrompida.

Pasaron así tres días.

Juan tenía hambre y tenía sed, porque su verdugo parecía haberle olvidado en aquella tumba: iba á morir de una manera horrible.

En medio de las visiones producidas por su calentura, vió una nevatilla que pedía sus hijuelos á un niño cruel, que respondía á su dolor arrojándole una piedra.

Aquel pájaro fué trasformándose poco á poco, hasta adquirir la forma de una mujer.

¡Dios mío!

Era su abuela; su pobrecita abuelita, encorvada bajo el peso de los años, que acudía llorosa, pidiendo compasion para su pobre nieto.

Sus lágrimas quemaban; sus ayes partían el corazón.

Pero el infame y rudo carcelero se presentó con un látigo, y arrojó á la pobre viejecita al fondo de un abismo.

Juan dió un grito formidable, y abrió los ojos.

El sol de Junio bañaba el paisaje.

Allí no había fortaleza, ni carcelero; no se veía más que á la pobre nevatilla muerta de una pedrada, mientras que sus hijuelos yacían en el fondo de la jaula, acabados por el hambre.

Juan había soñado: el hada acababa de darle una leccion y un aviso.

Se levantó, dirigióse á su casa, y abrazó á su abuela, que estaba remendándole los calzones de la víspera.

Reflexionó sobre lo que acababa de pasarle, y desde aquel día no volvió á coger más nidos.

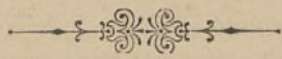
Y desde el día siguiente, no tan sólo no volvió á cogerlos, sino que impidió que los demás muchachos lo hiciesen.

La buena hada siguió visitándole de noche, pero ya sólo tocaba á su frente con el cabo de la varita mágica, formado por el pálido rayo de la luna, por lo que sus sueños en adelante fueron dulces, tranquilos y reparadores.

Na hagais con los demás lo que no quisiérais que hiciesen con vosotros, por que el hada, que vela en torno del lecho donde reposamos de noche, se llama...

LA CONCIENCIA

PEDRO ESCAMILLA



LA NIÑA Y LA MARIPOSA

Va una mariposa bella
volando de rosa en rosa,
y de una en otra, afanosa,
corre una niña tras ella.

Su curso, alegre y festiva,
sigue con pueril afán,
y con airoso ademán
la mariposa se esquila.

A veces, con loco intento,
quiere hacer presa en sus galas,
y en vez de tocar sus alas,
toca las alas del viento.

Y su empeño duplicando,
cuanto más corre afanosa,
más leda la mariposa
va su inocencia burlando.

La ciñe en rápido giro,
y al ir á cogerla, esbelta,
por cada vez que se suelta
suelta la niña un suspiro.

Mas sin ceder en su anhelo,
presta una, y la otra ligera,
ni una acorta su carrera,
ni la otra amaina su vuelo.

Y vagan embebecidas
sin sentir, indiferentes,
ni el son de las claras fuentes,
ni el de las auras perdidas.

Ni los pájaros que espantan
entre las ramas divisan,
ni ven las flores que pisan
ni oyen las aves que cantan.

Y mientras que éstas cantando
siguen, con plácido estruendo,
la niña sigue corriendo,
la mariposa volando.

—Amaina el vuelo sereno,
mariposa,
de quien es albergue el seno
de la rosa.

¿Por qué en tan dulce ocasion
vas sin tino,
huyendo así la prision
de lazo tan peregrino?

Reina de las blandas flores,
sus enojos
no temas, ni los ardores
de sus ojos,
porque ese puro arrebol
que enamora,
si es luciente como el sol,
es tierno como la aurora.

Entre mil palmas no hay talle
más galano,
ni azucena en todo el valle
cual su mano.
No oirás de su voz divina
la dulzura,
ni en el ruiseñor que trina,
ni en el raudal que murmura.

Aprende el aura á ser leve
de su planta,
y para formar con nieve
su garganta,
le dió el cisne el atavío
de su pluma,
lumbre la aurora, y el río
su plata, cristal y espuma.

No sigas más la inconstante
mariposa,
enamorada y errante,
niña hermosa,
que al fin vendrá á ser cautiva
de tu llama,
si, aun amorosa, aunque esquivada,
la luz de los cielos ama.

Y aunque aspira de mil flores
la fragancia,
no imites en tus amores
su inconstancia;
que al fin de tanto vagar
suele, hermosa,
entre las flores hallar
la yerba más venenosa.

Imita sólo su vuelo.
pues, serena,
jamás, niña, toca el cielo
ni la arena.
Quien se humilla, ó sin razon
subir quiere,
muere á manos de un alcon
si á las de un aspid no muere.

Mas ¡ay! que vas en pús de ella
vagorosa
sin escuchar mi querella,
niña hermosa.
Sigues con presteza tanta
tu contento,
que así encomiendas tu planta,
como mi súplica, al viento.

Y en tan inocente afán,
como su gusto entretienen,
así vagabundas vienen
y así vagabundas van.

A veces, en su embeleso
la mariposa al pasar,
suele fugaz estampar
sobre su mejilla un beso.

Y ráuda su vuelo alzando,
la niña de ángel blasona,
al trazar una corona
sobre su frente girando.

Y siguen acordemente,
la mariposa en sus giros,
la niña con sus suspiros,
con sus rumores la fuente.

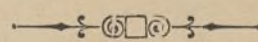
Vagan los aires suaves
tomando dobles acentos,
y al grato son de los vientos
siguen cantando las aves.

Y entre tanta melodía,
tanta corriente murmura,
que es todo el aire frescura,
aroma, luz, armonía.

Y susurrando congojas,
prosигuen mintiendo quejas
en el pensil las abejas
y en la enramada las hojas,

Y tiernas flores hollando
y frescas áuras batiendo,
la niña, sigue corriendo,
la mariposa, volando.

R. CAMPOAMOR



A UN NIÑO

Niño, ¡qué senda sombría
sueñas ver desde la cuna!
¿Tú no sabes la fortuna
de ser niño todavía!...

Tu afán inexperto ansia
avanzar, seguir, crecer,
no ser niño, ¡qué placer!
Y á mí me aflige el pensar
lo mucho que has de llorar
cuando lo dejes de ser!!!

Madrid 24 Junio 1830.

ANTONIO F. GRILLO

EXCMO. SR. D. MANUEL MARÍA JOSÉ DE GALDO

Hombres hay que parece nacieron predestinados para hacer el bien entre sus semejantes, y difundir entre sus coetáneos la luz vivísima que emana de las inteligencias superiores.

El Sr. Galdo es uno de ellos.

La villa de Madrid, que tantos génios ha producido, puede con justicia estar orgullosa de haber sido la patria en que vió la luz, cincuenta y cuatro años há, este modelo de modestia y de actividad.

Humilde y honradísima era la familia del Sr. Galdo, que siempre es ley constante que las flores más modestas exhalen de su cáliz los más delicados aromas.

Los hijos de Calasanz, los escolapios de San Anton, enseñaron á Manuel María las primeras letras é inculcaron en su alma el germen de esa bondad y de esa honradez que tanto le caracterizan.

Desde sus primeros años dió pruebas de poseer una inteligencia nada comun. Tanto la hermosa y sonora lengua de Ciceron y de Séneca, cuanto las verdades absolutas y principios metafísicos de la Filosofía, tuvieron en él el más entusiasta admirador.

Desde los bancos universitarios pasa Galdo en 1845 al Museo de Ciencias naturales á desempeñar el honroso cargo de ayudante del Sr. Graels, y poco más tarde á regentar la cátedra de Historia natural, recién creada por la reforma radical llevada á cabo en dicho año en el ramo de Instrucción pública.

La cátedra de Galdo ha sido y aún es su tribuna de gloria. Millares y millares de jóvenes han escuchado con aprovechamiento sus sábias explicaciones, y escasos serán sin duda alguna los hombres de la actual generación que no conserven un grato recuerdo de su elocuente palabra, de sus adiestradas lecciones y de su profundidad de principios.

Galdo se sentó por oposicion en el sillón profesoral. La ciencia que á él le llevó nunca pudo quedar adormecida en un cerebro que no concibe la inacción, que repugna instintivamente las situaciones estacionarias.

Por eso Galdo, no contento con sus títulos de Regente de primera clase y Doctor en Ciencias, de Licenciado en Medicina y Cirujía, y en Derecho Civil, Administrativo y Canónico, aspira á más, conoce que su experiencia pedagógica y la práctica en la enseñanza pueden dar óptimos frutos, metodizadas y encauzadas discretamente en un cuerpo de doctrina, y escribe su *Historia natural*, de que se han hecho hasta hoy infinitas ediciones, perenne monumento de su laboriosidad y amor á la juventud.

El sábio catedrático de la Universidad central no estaba llamado únicamente á difundir las luces de su ilustracion en las aulas y en los paraninfos; su fama no podia quedar encerrada en los doctos á la par que sombríos claústros del Cardenal Cisneros; su claro talento fué bien pronto apreciado en toda España y hasta en el país lusitano, y dia llegó en que el nombre de Galdo fué el más simpático y el más popular entre los hombres amantes del saber, de la virtud y del trabajo.

El trabajo, esa fuente de riqueza, de prosperidad y de bienestar, ha sido y es la base en que descansa toda la vida del Dr. Galdo. Amante de la ciencia como el que más, dedica todos sus desvelos á perfeccionarla y movido por la voluntad de hierro que le anima, investiga, estudia, observa, medita y escribe; y al escribir, brotan de su pluma obras brillantísimas como *Los tres reinos de la Naturaleza*.

Todos los centros de enseñanza de España, de Inglaterra, de Portugal, de Francia, de Bélgica y de Alemania, han sido visitados por él, y sabido es que cuando visita, cuando viaja, no le impele la curiosidad; únicamente le anima su amor acendrado al estudio y á la ilustracion.

De aquí que sus discípulos tienen en él al maestro universal, porque de su boca nacen las palabras que envuelven ideas sábias y trascendentales apropiadas en las márgenes del Támesis, en las riberas del Sena y en las orillas del Rhin.

Muchos son los escritos, infinitas las conferencias dadas en multitud de academias y ateneos, en que ha tenido ocasion de revelar todo el tesoro de conoci-

mientos que ha adquirido en tantas y tantas Universidades y bibliotecas, colegios y liceos que ha visto y que ha estudiado en sus excursiones científicas.

Sus treinta y tres años de antigüedad en el magisterio, empleados al mismo tiempo en la laboriosidad más digna de elogio, pregonan por boca de sus sesenta mil alumnos cuánto debe la patria á este hombre sencillo y modesto.

Ninguno tan apto como él para representar á España en 1869 en la inauguracion de la portentosa obra de Fernando de Lesseps.

El Istmo de Suez fué el punto de reunion de todas las notabilidades del globo para presenciar el abrazo que se iban á dar el mundo antiguo y el moderno, por medio de las aguas de los mares de Eneas y de Moisés.

El doctor Galdo llegó, pues, á Egipto en nombre de España y en nombre de la ciencia. Su viaje, como siempre, no fué infructuoso; tuvo ocasion de admirar las Pirámides y estudiar el Nilo, ese venerable rio que tan interesante papel ha desempeñado en la historia de la humanidad.

Sus dotes científicas contribuyen no poco á sus grandes disposiciones administrativas. El cariño de sus conciudadanos condújole al alto puesto de concejal del Ayuntamiento de Madrid, en el cual tanto luchó en pró de los intereses del municipio, tanto se esforzó en mejorar su situacion económica, que unánimemente fué nombrado Alcalde-presidente del Ayuntamiento de la capital de la Monarquía.

La conducta que Galdo observó durante su elevada investidura, es bien conocida de todos; la prensa de todos matices de aquella época lo reconoció espontáneamente más de una vez.

Cuanto más visible se iba haciendo la figura del doctor Galdo, tanto más crecia el aprecio que hacía él sentian sus amigos y admiradores.

Por esto, el voto popular lo lleva á la alta Cámara, donde se distingue, como en todas partes, por la profundidad de sus principios, la pureza de sus ideas y la majestuosidad de su oratoria.

En 1873 fué nombrado consejero de Instrucción pública é Inspector, renunciando generosamente la asignacion que por este concepto le correspondia en favor de los heridos de la guerra civil que empezaba á desolar en dicha época nuestras provincias del Norte.

Y no pára en esto el patriotismo y la caridad del ilustre catedrático. Instalada en Madrid la Asociacion de la Cruz roja, él es su alma en aquellos supremos instantes en que la sangre corria por las montañas vascas. Él reúne socorros para los heridos, y nombrado presidente y comisionado para la distribucion de aquellos en los hospitales y ambulancias, sale al campo de batalla, y en Abanto y Somorrostro lleva el consuelo al moribundo, al mismo tiempo que ejerce sus conocimientos facultativos curando á los que caian sobre el mismo lugar del combate.

El nombre de Galdo suena desde entonces en toda España, y apenas hay periódico en cuyas columnas no aparezca.

En 1878 marcha á la Exposicion de París, y como individuo de la Sociedad universal *pour le evenement* de las ciencias, toma parte en las discusiones, y deja bien airoso el concepto que de él tenia la culta Europa, y el pabellon de su amada patria.

A dicha Exposicion condújole tambien el celo por el honor de la tierra en que naciera. Mr. Manier acababa entonces de publicar un mapa comparativo de la instrucción pública de todas las naciones, y en él colocaba á España al nivel de la Turquía.

Este proceder injusto, pues que carecia de fundamento y únicamente se apoyaba en la animosidad, excitó la indignacion de los Sres. Vallin y Galdo, que protestaron enérgicamente, rectificando dicho mapa, poniendo á nuestra nacion en el lugar que debe ocupar, y haciendo el último en el Campo de Marte una numerosa y entusiasta propaganda, que le valió los aplausos de toda la prensa europea.

Está nombrado tambien el insigne doctor para asistir al *Congreso Universal pedagógico* que ha de tener lugar en Bruselas en el próximo Agosto, y podemos asegurar firmemente que, como en otras mil ocasiones, Galdo se mostrará á la altura de su nombre.

La inundacion de las comarcas de Murcia, Alicante y Almería, ocurrida en Octubre del último año,

conmovió todos los corazones que latian al fuego de la caridad en España y en el extranjero. Están los hechos tan recientes, que no necesitamos extendernos en detalles.

El espíritu caritativo de nuestro pueblo dió pruebas de exuberante vitalidad, y todas las clases sociales acudieron presurosas á llevar su óbolo para enjugar tantas lágrimas y mitigar tantas miserias.

Constituida en Madrid la Junta popular de socorros á los inundados, el Sr. Galdo fué aclamado presidente de la comision ejecutiva que habia de asumir las facultades de la general.

En cumplimiento de su mandato, Galdo ha visitado por dos veces las provincias inundadas; ha repartido socorros á tantos infelices que quedaron sumidos en la miseria; ha trabajado heroicamente para que cuanto antes se construyan las barracas que han de albergar á las familias indigentes de la huerta de Murcia; ha propuesto la creacion de Bancos agrícolas, que tan grandes resultados han de dar en su día á aquellos laboriosos agricultores; ha sido, en fin, el *padre de los pobres*, como le llaman en toda la vega murciana.

Lorca y Murcia le han nombrado hijo adoptivo, y nunca estas buenas madres pudieron estar más orgullosas con sus hijos, que lo están hoy con el antiguo alcalde de Madrid.

No podemos pasar en silencio un detalle que le honra sobremanera.

En su último viaje á Murcia tuvo ocasion de ver á un joven pastor de talento no vulgar y de dotes naturales muy preciadas. Galdo, profundo conocedor del hombre, adivinó en éste un sér capaz de llegar por el estudio á los últimos límites de los conocimientos humanos; y amante en alto grado de la ilustracion, propuso al campesino trasladarse á Madrid y ayudarle á costear una carrera.

Hoy aquel pastor vive en la misma casa del señor Galdo y estudia con afán, no desmintiendo los pronósticos que de él hiciera su sábio protector.

En resumen: D. Manuel María José de Galdo es de esos hombres que honran á la patria en que nacen. Es la encarnacion viva de la ciencia y de la virtud en amigable consorcio con la modestia y el trabajo.

En la actualidad es Senador por la Universidad de Salamanca, y por cierto que contra todos sus deseos.

Ostenta por sus méritos la Cruz de Carlos III y la Encomienda de la Orden de Cristo de Portugal. Es sábio de mérito de la Academia médica de Santiago, honorario de la de Madrid, de la Sociedad geológica de Francia, corresponsal de la Sociedad de ciencias médicas de Lisboa, de la Academia de ciencias físicas y naturales de la Habana, fundador de la Sociedad antropológica española, honorario de la de París, vocal de la Real Academia de ciencias de España, sábio del Instituto de Coimbra, de la Económica Matritense y de otras varias corporaciones.

Es miembro, en suma, de la mayor parte de las Academias y Sociedades científicas del país, habiendo formado parte de diferentes tribunales y comisiones de ciencia, ya como secretario, ya como presidente.

Galdo merece el aprecio y el respeto de todos los españoles, porque es uno de esos pocos hombres que tienen el privilegio de ser admirados por propios y extraños, amigos y adversarios.

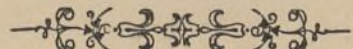
Sus altas virtudes, sus bellas prendas, han de conducirle aún mucho más alto del lugar á que ha llegado.

No dudamos de que en el ramo de Instrucción pública, Galdo es una lumbrera y un oráculo; con un ministro de Fomento como él y un subsecretario tan celoso y activo como D. José de Cárdenas, la Instrucción pública en nuestro país llegaría al más alto grado de esplendor.

No es aventurada la idea: D. Manuel María José de Galdo es hoy ya una gloria de que puede la patria envanecerse; mañana no seria extraño que la misma ciencia que posee y la misma práctica de sus dilatados servicios en la enseñanza, pusiesen en sus manos el gobierno y direccion de aquellos asuntos que tan profundamente conoce.

Tal vez ese día no está lejos, para gloria de la ilustracion nacional.

JOSÉ MARIA MEDINA





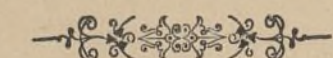
EXCMO. SR. D. MANUEL MARÍA JOSÉ DE GALDO

CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL Y SENADOR DEL REINO

SEXTO MANDAMIENTO DE LA LEY DE DIOS

Las amargas ó dulces sensaciones
de la humana existencia,
íntima consecuencia
de goces, sentimientos y pasiones
que respectivamente
con sordas ó vibrantes explosiones,
el corazón sobreexcitado siente,
casi generalmente
reflejadas se ven en las facciones.
Por eso se asegura que el semblante,
barómetro viviente,
es espejo del alma
que, á modo de ventanas naturales,
de los ojos se mira en los cristales.
Cuando perdida la nativa calma,
deshonesta influencia,
derrocando la cándida inocencia
que virgen existía,
se erige en vergonzosa tiranía
de frágiles sentidos,
á livianos caprichos sometidos,
los rostros se deslucen,
y precoces, inmundas y carnales,
al cabo reproducen
del revelado vicio las señales.
Cual tierna florecilla
que el huracán humilla
ó mustian los ardores del estío,
enlodado río
que del profundo removido seno
despide masa informe
de algas, revueltas con insano cieno,
que enturbia y contamina
la que fué superficie cristalina.
el más sano organismo
y la naturaleza
de superior firmeza,
corroe el raquitismo.
Los que están por el vicio dominados,
al morífero fondo de un abismo
corren precipitados.
Pierden de día en día
la actividad vital y la energía.
Exánimes parecen,
débiles, demacrados,
fehacientes rasgos de su culpa ofrecen;
descarnados los pómulos y secos,
sobresalientes en profundos huecos,
el frescor y las tintas sonrosadas
en lividez trocadas.
Cansada y mortecina la pupila,
sin esmalte luciente,
con perezosa languidez oscila,
bajo rugosa frente,
encima de la sombra proyectada
por la huella de ojera amoratada.
Destíñense los labios,
y á la salud, al orden y la higiene,
colmándolas de agravios,
á cada paso indicios
se desarrollan de los torpes vicios.
La juventud, espléndida y hermosa,
acelera su ocaso;
sigue con presto paso
la vejez prematura,
como á la clara aurora noche oscura.
Yace la voluntad en somnolencia,
al estrago no opone resistencia;
la sávia juvenil, que apenas dura,
degenera en visible decadencia;
una fiebre voráz y desmedida
consúmela, de suerte,
que la edad más lozana de la vida
ser suele interrumpida
por el helado soplo de la muerte.

VICTOR NAVARRO



LA MADRE NATURALEZA

Apenas si concibo en seres dotados de razón
la crueldad para con sus hijos; pero sé dolorosa-

mente que existen madres, no ya que abandonan el fruto de sus entrañas, sino que los atormentan y sacrifican despiadadamente, según vemos en los anales del crimen.

¡El crimen! ¡Quién yo huye del crimen!....

Más no es mi ánimo hablar aquí de la estadística criminal en este sentido, sino el de lamentar que haya una sola madre capaz de renunciar á los sentimientos más tiernos que Dios colocó sobre el corazón humano, y lamentarlo, no solo considerando el triste fin de un ser que se pierde casi en germen, sino por la pobre idea que dá de su educación moral la madre que se convierte en verdugo de su hijo.

¡Horripilante idea!....

Casi me repugna escribir de este asunto, porque yo, que tengo hijos, yo que sé los insomnios, los sacrificios, el amor que atesora mi alma para ellos, sé lo que vale ese fruto de bienandanza, ese puro reflejo del amor, esos pedazos entrañables de nuestra propia naturaleza.

¡Ah! Yo no puedo mirar las casas de beneficencia, sin experimentar dos géneros de sensaciones.

La primera inspirada por la idea del pecado, la segunda por la grandilocuente virtud de la caridad.

La máxima que en gruesos caracteres se imprime al frente de estos benéficos establecimientos, hiela por sí sola el corazón más descreído.

¡Quién no consagra á su madre un recuerdo de ternura, un recuerdo lleno de amor, al contemplar la soledad de los expósitos!....

Si nuestras madres no nos hubieran prodigado sus atenciones y sus caricias, ¿cuál hubiera sido nuestro destino? El amparo, cuando menos, de la caridad; porque sin la caridad, la muerte sería cierta, inevitable, en los primeros años.

Séres que olvidais á vuestras madres, porque si no las olvidarais no abandonaríais á vuestros hijos, recogéos en santa racional meditación, cuando os asalte, siquiera sea llevados por la ira ó por cualquier otro vicio capital, el propósito de inferir daño á un pedazo de vuestro ser: considerad la ofensa que haceis á Dios quebrantando el quinto precepto de sus mandamientos; el daño que causais á la sociedad con tan pernicioso ejemplo; el duro golpe que asestais á vuestra conciencia, que ha de vivir intranquila y llena de torturas años infinitos.

Yo no lo comprendo, repito, y porque no lo comprendo, porque no me lo explico, creo sinceramente que las madres, ántes de comprometer á los hijos, han debido perder la razón.

Gradación fatal que hay que evitar en la vida: si se deja uno arrastrar por el capricho, engendra un vicio; si alimenta el vicio, espone su honor; si mira con menosprecio la honra, se hace criminal.

¡Oh! lectores queridos!.... evitad siempre el ímpetu primero, que el primer peldaño de la escala de la vida, dá fácil acceso á los demás.

Y digo que las madres han debido perder la razón para obrar contra los intereses y conveniencia de sus hijos, porque las fieras, que no están dotadas de ese beneficio, jamás exponen ni abandonan á los suyos.

Escuchad:

Habíanse caído á una pantera sus cachorros en una hoya y salió la madre al camino á buscar auxilio, dejando á un lado su natural fiereza. Vió de lejos venir á un hombre, que casualmente era el filósofo Filene.

Acercósele el animal con la mayor mansedumbre, y cogiéndole suavemente el vestido, le llevó al lugar de su desgracia.

El susto del filósofo fué horrible, como no

puede ocultarse á los ojos del lector, porque á cada momento esperaba ser devorado por la fiera, y estaba tan sobrecogido, que no se atrevía á moverse, cuando el animal le llamaba la atención hacia la hoya: al fin se asomó y vió en el fondo á los cachorros, comprendiendo de lo que se trataba.

Bajóse y sacó á los pequeñuelos, que entregó á la madre, y ésta, ¡oh! esta, no sabía como darle las gracias; ya le saltaba encima y le lamía la cara, ya se le echaba á los pies, ya cazaba de repente un animal y se lo traía.

Pero el filósofo, que no estaba contento con aquella extraña compañía, se decidió á ponerse en camino, y la pantera le acompañó largo rato, como para preservarle de los peligros que pudiera correr en el monte, y, al dejarle en terreno expedito, se separaron para siempre.

Este suceso, que parece inverosímil, ha sido objeto largo tiempo de muchas conversaciones, y así lo trasmite la Historia á la posteridad, como digno de memoria y ejemplo.

Madres desnaturalizadas, que os sentís heridas por el rayo de la ira ó queréis blasonar del pudor perdido, tomad enseñanza de las obras ejecutadas por la fiera que se humana y subordina, y llevad á vuestra razón ofuscada un destello de luz que ilumine vuestros pensamientos y vuestras acciones.

Aprended en la fiera á demostrar el cariño que se debe á los hijos y la gratitud que se debe al bienhechor: dad abrigo en vuestro pecho á la ternura de sentimientos que al corazón humano corresponde, inspirada siempre por la razón y la filosofía.

Si Dios quiso distinguíros de los brutos, dotándoos de inteligencia, no desmintais las excelencias de tan alto don, ni mancheis la sociedad con las negras páginas de un nuevo crimen.

Para que vosotras viviérais, una madre hizo el sacrificio de su comodidad, de sus recursos, y hasta de su belleza; sin hacer todas semejantes desinteresados sacrificios, la sociedad es inconcebible.

Imitad, pues, lo bueno; seguid el ejemplo que enseña el relato de la pantera, y proseguid los impulsos que dicta la madre naturaleza.

V. D. BORDANOVA

LA FLOR Y LA FUENTE

HISTORIAS DEL CORAZON

A la flor dijo la fuente:
—¡Cuánto envidio tu color!
Y le contestó la flor:
—¡Cuánto envidio tu corriente
—Gozas calma bendecida.
—Tú caminas por la tierra.
—En ti perfume se encierra.
—Tus aguas llevan la vida
—Al cielo tu aroma sube.
—La fecundidad derramas.
—Tú los aires embalsamas.
—Tú vas á formar la nube.
—La aurora en tu seno deja
Sus lágrimas peregrinas.
—En tus aguas cristalinas
la luz del sol se refleja.
—Soy pobre flor perfumada.
—Sin gozo sigo mi rumbo.
—Yo aquí en la nada sucumbo.
—Yo voy corriendo á la nada.
—¿Por qué envidiar, si á la aurora
terminará nuestra vida?
—¿Por qué ambición desmedida
el corazón nos devora?
—Fuente, sigamos los dos
sin maldecir el destino,
felices, por el camino
que nos ha marcado Dios.

RAFAEL BLASCO

LA MANO DE GATO

FÁBULA

Sentado, como es modo y la costumbre de los señores gatos, que son unos solemnes monigotes, al amor de la lumbre, por la noche, y lamidos ya los platos, relamía un *minino* sus bigotes. Su operacion miraba atentamente, grave y meditabundo, sin importarle, empero, ni un ardite del felino tocado, negro y enorme, un perro melenudo de Terranova oriundo. Mirando el gato la atencion del perro, prendado le juzgó de su limpieza, y al punto, en armonía con su yerro, le preguntó si acaso hasta los canes, que son de desigual naturaleza, de sus pulcras maniobras el influjo llegaba, compensando los afanes del nimio tocador y de su lujo. La pregunta oyó el perro, y, sin respuesta, mostrando no entenderle ni un pitoche. se dirige á un capacho, gira en redor tres veces y se acuesta, como aquel que así dice: «Buena noche:» ¡pues me gusta el despacho! dijose el gato, haciendo *fú* con rabia; sacó las uñas, pronto á la pelea, mas variando de idea se alejó murmurando: «Vive en Bábía.» Nuestro perro, entre tanto, se dormía, sin escuchar tampoco el nuevo arranque, y á soñar comenzó que en pleno día se bañaba en las aguas de un estanque; que limpieza y salud, frescura y goce daba á su hermoso cuerpo todo junto; porque el agua de Dios fué siempre el unto cosmético mejor que se conoce. Claro está que el buen can no se explicaba que aborrecer el agua un gato pueda, y al ver acaso cómo se lamía y el pelo con su baba se atusaba, con asco se marchó á hacer su rueda. Pues tengo por un hecho que si eso le ocurrió, como sospecho, mil veces pasa igual á muchas gentes con los untos y toques conque ven tanta cara embadurnada de personas que juzgan, inocentes, que logran con mejunges y revoques cautivar la atencion enamorada. ¡Ay, qué *mano de gato*! ¡Ah, qué sueño de perro tan sensato!

Madrid 1.º Julio 1880.

ALFONSO E. OLLERO

SECCION RECREATIVA

TIENE MAS HAMBRE QUE UN MAESTRO DE ESCUELA

Muchas veces, queridos niños, habreis oido esta frase, y la habreis oido con indiferencia, sin comprender su verdadero desconsolador sentido.

Esa frase, hijos míos, tiene una significacion tristísima y vergonzosa para nuestra querida pátria, y solamente el día que esa frase carezca de sentido, será cuando podremos decir que España ha llegado al grado de progreso de que tanto alardea, como se alardea siempre de aquello de que más se carece.

En tanto que pueda presentarse como el tipo más gráfico del hambriento al maestro de escuela, estaremos los españoles en un lamentable estado de atraso moral é intelectual, y no podremos ufarnos mucho, que se diga, de nuestra cultura.

Vosotros, niños venturosos, que vivís en la corte ó en las grandes capitales, que os educáis en buenos colegios, lujosamente instalados, dirigidos por profesores bien pagados, no conoceis al maestro de escuela, ese modesto y benemérito funcionario que, por la ingratitud de los pueblos, vive la más penosa vida que podeis imaginar, mejor dicho, que no podeis imaginar, porque sus sufrimientos superan por tal manera á los que en vuestra dichosa infancia os es dado conocer ó adivinar, que acaso habreis de considerar exageradas las noticias que os quiero dar acerca de las penalidades del maestro de escuela, que en España, para mengua nuestra, es el tipo del hambriento, como lo prueba la frase axiomática que puse á la cabeza de este escrito.

Y lo más vergonzoso es que esa frase tiene una significacion irónica de burla cruel, que denota la falta de sentido moral de un pueblo que ridiculiza, despues de tratarle con notoria ingratitud é irritante injusticia, á quien, tanto como el que más, y más que muchos, es digno de toda simpatía, de todo respeto.

Habreis visto alguna vez estampas ó cuadros que representan al maestro de escuela, y siempre habreis notado que el maestro es flaco, de largas narices, de semblante lácio y triste, y que está vestido con un traje cuyo corte, poco en armonía con la moda nueva, denuncia la respetable antigüedad de su hechura, por donde se comprende que el maestro de escuela no tiene más que ese traje, y hace mucho tiempo que lo tiene, no por otro motivo, sino porque no ha podido adquirir cosa mejor.

Todo, en fin, todo viene á corroborar lo gráfico de la frase que he puesto al comienzo de este artículo; el maestro de escuela es el que en España tiene más hambre, es el más desgraciado, el más abandonado de todos los españoles.

Os presentaré un maestro de escuela que yo he conocido, y que es uno de tantos como hay por esos pueblos y esas aldeas de nuestra pátria, ejercitando la paciencia de una manera admirable, y pasando hambres y devorando amarguras. Y despues que hayais visto el retrato de mi pobre amigo, es seguro que ya no oireis con indiferencia esa frase que sirve de epígrafe á este escrito, y no vereis en el profesor de instruccion primaria un sér grotesco que mueve á risa y á menosprecio, sino un hombre meritísimo, modelo de abnegacion y sufrimiento, y por todos conceptos digno de ser querido y respetado, como debe respetarse siempre al que sufre inmerecida desgracia.

Fué condiscípulo mio el bueno de D. Atilano, y era entonces un muchacho de buenos sentimientos, un poco tímido y corto y metido en sí, como se dice vulgarmente. Murió su padre sin dejarle más que treinta ó treinta y un días al mes y las calles libres para pasearse, y ya no pudo continuar la carrera que empezaba, porque era por extremo costosa, y él necesitaba, no sólo no hacer gastos en sus estudios, sino dedicarse á una ocupacion que le diera, desde luego, con que subvenir á sus escasas necesidades. Si hubiera tenido génio abierto y resolucion, habria echado por otro camino que el de los estudios, y acaso, como tantos, habria llegado á ser algo y á gozar holgada posicion; pero con su encogimiento y su modestia creyó que el mundo se le venia encima y que no habia salvacion para él.

No habia pasado mucho tiempo despues de la muerte de su padre, y Atilano se despidió de mí para ir á una capital de provincia, adonde se le ofrecia una modestísima colocacion en un colegio, sin más haber que la casa, la comida y la ropa limpia, siempre que él tuviera ropa que le limpiaran, y con la ventaja de que tendria libres las horas dedicadas á cursar en la Escuela normal de maestros lo preciso para obtener el título, que en teniéndolo seria otra cosa, pues seguramente obtendria escuela en un pueblo de la misma provincia, y ya con esto aseguraba su porvenir.

Grandes ilusiones llevaba el pobre, y ya que no le acompañaba otro caudal, no le quise mermar en lo más mínimo el que de ilusiones llevaba, y, vista su resolucion se le aumenté, manifestándole entera conformidad con sus esperanzas de que lograria dichosa y apecible vida lejos del mundo, y sin ruido, en una deleitosa aldea, verdadero paraiso, donde seria desconocido todo mal y no habria ni envidia ni ninguna otra ruin pasion, y se encontraria muy á su gusto un hombre tan bueno, tan apacible y bondadoso, de tan pocas pretensiones y tan reflexivo y dado á vivir á solas con sus pensamientos.

Fuése allá, y cuando obtuvo la escuela, me escribió ofreciéndome su nueva posicion, que la habia ganado en público certámen, haciendo unos ejercicios que el tribunal calificó de la manera más favorable y ventajosa para él; de modo que la escuela mejor se la confiaron. «Mi sueldo, me decia, consiste en seiscientas veinticinco pesetas, casa y retribuciones.» No es mucho, me dije, pero, en fin, si le pagan puntualmente, el pobre Atilano vivirá tranquilo, que él es hombre de pocas necesidades y de mucha filosofía.

Dile la enhorabuena, y no volví á recibir carta suya hasta que me la escribió para hacerme saber que se

habia casado. Tanto era el amor que tenia al Magisterio, que buscó y halló en el Magisterio la dulce compañera de su vida; es decir, que se casó con una maestra, que tambien habia obtenido plaza por oposicion y habia sido nombrada para el mismo pueblo en que ejercia el bueno de mi amigo. Decíame que le iba bien, aunque le pagaban con algun atraso, pero que casado le iria mejor, porque la mujer elegida era un asombro de orden y economía, y, unidos los haberes de los dos, habrian de hacer ahorros para los malos tiempos y para la vejez, que es el más malo de todos los tiempos.

Y no volví á saber de Atilano hasta que, un año despues de su boda, me visitó en Madrid, á donde le traía un asunto pendiente en la direccion de Instruccion pública.

—Chico, me dijo, hemos tenido un contratiempo en el pueblo mi mujer y yo. En los últimos exámenes hemos perdido con justicia, y esto nos ha valido el odio del alcalde, un déspota que ha jurado nuestra perdicion. Tiene una chica y un chico, los dos de la piel del diablo, desaplicados, haraganes, desvergonzados, que en el exámen no contestaron á ninguna pregunta, y por consiguiente no les dimos premio, y ménos les propusimos para uno extraordinario que en cada escuela daba un diputado provincial, que es el más rico de la comarca. El alcalde se habia propuesto que su niña y su niño fueran agraciados con el premio, y como no ha sucedido así, el hombre, que no quiere reconocer las faltas de sus hijos, ha dado contra nosotros, y á mí me ha denunciado como hombre de ideas peligrosas, y á mi mujer le ha atribuido ineptitud, abandono y qué se yo cuántos defectos más, y se nos ha formado expediente, poniendo en juego sus muchas influencias el alcalde y sus amigos, y vengo á gestionar la resolucion de ese expediente, remitido á la superioridad, para vindicar nuestra honra ultrajada.

Ayudé con la mejor voluntad á mi amigo, que logró, como era de justicia, una completa reparacion de la fechoría del alcalde, y volvió al pueblo contento de haber quedado en el buen lugar que merecia, pero sin hacer alarde del triunfo, modesto y humilde como siempre. No le valió esta actitud discreta y prudente; y de tal suerte le trataron el alcalde y los secuaces de este tirano de aldea, que le hicieron imposible la vida en aquella localidad. Las pagas, que se le daban con atraso antes, ya no se le daban. La casa en que vivia se la hicieron desalojar á pretexto de emprender en ella obras, que no se ejecutaron, y se vió mi pobre maestro reducido á instalar su escuela en un pajar que el alcalde le facilitó, y tuvo que buscar casa donde vivir con su mujer, casa que debia pagarle el ayuntamiento, pero que no se la pagaba. Todas estas vejaciones las sufrió con ejemplar paciencia el maestro, en aras de su amor á la infancia, y se limitó á dirigir respetuosas instancias á su airado enemigo, á la autoridad superior y á la junta provincial, poniendo de manifiesto lo que le pasaba y encareciendo la necesidad de una resolucion, por decoro de la enseñanza.

Sus repetidas súplicas fueron al fin atendidas, y fuéronle al alcalde órdenes terminantes para que devolviera el local de la escuela al maestro y para que le pagara sus haberes. Y el mismo día de recibirse estas órdenes ardió el pajar donde estaba provisionalmente la escuela, y el infeliz maestro fué acusado de incendiario ante el juez, que le formó proceso.

No se pudo comprobar el delito de que se le acusaba, y no consiguió su enemigo echarle á presidio, que ésta era su piadosa intencion, pero consiguió completar la ruina del desvalido maestro, ruina material, moral y física, porque la ingratitud, la injusticia y la alevosía con que se le trataba, abatieron su espíritu, abrieron profunda herida en su corazon, y quebrantaron su salud por tal manera, que estuvo gravísimamente enfermo, y quedó luego afectado de extrema debilidad en el cerebro...

El inocente no se atrevió á continuar aquella lucha desigual; él tenia de su parte la razon; su enemigo tenia odio, ruin corazon, osadía y dinero. El triunfo no era dudoso. El maestro conseguiria siempre demostrar su honradez, su amor al bien, su inocencia, pero el otro conseguiria indudablemente quitarle la vida, quitársela impunemente, aunque con más alevosía que si le asesinará materialmente.

Abandonó el pueblo solicitando otra escuela, que obtuvo, y allí se fué, triste, enfermo, hambriento, casi desnudo, lleno de amargura y de dolor, acompañado de su mujer, que para seguir á su marido tuvo que renunciar su escuela.

Tocóle en suerte un pueblo refractario á toda instruccion, donde era opinion muy generalizada que saber leer y escribir no servia para otra cosa que para comprometerse á lo mejor, y tenían aquellos vecinos esta idea, porque una vez, uno de los primeros contribuyentes, firmó no se qué papel con que fué sorprendido, y firma fué que le costó ir á presidio, sin que le valiera ser hombre acomodado.

Habia la circunstancia de que el hombre, ya en edad madura, quiso aprender á escribir, y aprendió en la capital de la provincia con un maestro extremado en el arte de Iturzaeta, y volvió tan ufano al pueblo, donde á poco, le sucedió el grande contratiempo de poner su firma donde no debia. Y con esto decian todos aquellos pobres ignorantes:—*¡Deprender á escribir! ¡Anda, anda! ¡Pa que le echen á uno á un presiyo! ¡Un demonio! ¡Los chicos á cavar y á segar; y las chicas á hilar á la vera de su madre!*

Y no mandaban los hijos á la escuela, y miraban al maestro con gran prevencion, y ya os podeis figurar de qué buena gana le pagarian.

Mi amigo Atilano emprendió la obra meritoria de sacar de su error á aquellos palurdos, y á la manera de misionero entre salvajes, un dia y otro dia, con mil ejemplos históricos, con la mayor mansedumbre, con vivísimo amor á sus semejantes, procuró convencerles de que era por todo extremo lamentable aberracion la hostilidad que manifestaban á todo lo que fuera enseñanza é instruccion para sus hijos. Iba logrando algun resultado, cuando todo lo vino á echar á perder un albeitar que llegó al pueblo con la buena nueva de las ideas socialistas, hombre de muchísimo desparpajo, y de gran facundia, que enderezó á sus convecinos los más disparatados y violentos discursos, pintando con los más vivos colores la inmediata trasformacion de los pobres en ricos y de los ricos en pobres, y les hizo ver claro como la luz del mediodia que el maestro era un jesuita disfrazado y el cura otro sin disfrazar, y los barajó los sesos, de tal suerte que al terminar una de sus arengas, oyéronse un dia gritos de *¡Abajo los jesuitas! ¡Fuera el maestro! ¡Muera el silabario! ¡Que nos quiten la escuela!*

Atilano oyó estos gritos y no se asustó. Habia llegado ya á tal situacion, á tan desesperado y triste estado, que acaso le sonreía la idea de ser atropellado, asesinado por las turbas, de morir mártir de su deber y de su amor á la honrosísima profesion que ejercia.

—Estos bárbaros, pensaba, merecian el castigo del remordimiento de haber hecho conmigo una barbaridad.

Por fortuna no la hicieron, porque el orador sufrió un percance que no esperaba. Al reconocer una yegua del alcalde, que hacia dias estaba alicaída y desganaada, hubo de tocar al animal en parte en que le dolia, porque arrimóle tan soberbia cox en la cara, que muelas, dientes, lengua, toda la máquina, en fin, de comer y de hablar se la alteró y descompuso de tan grave modo, que así pudo él echar mas discursos como yo tocar el cielo con las manos.

Pero el maestro, que ya habia visto malogrados sus esfuerzos, que tambien tenia que lamentar en aquel pueblo ingratitudes é injusticias, y que allí tampoco podia comer más que poco y malo, porque el dinero de su haber andaba por las nubes, y su pobre mujer, sin escuela, se moria de nostalgia, aprovechó la oportunidad de ofrecérsele ocasion de pasar á otro pueblo donde habia vacantes una escuela de niños y otra de niñas.

En su nueva residencia no le formaron proceso, ni le amenazaron de muerte, pero su escaso haber se le pagaba con tales intermitencias, con tanto retraso, con tan considerable merma, que el desventurado, que ni habia podido hacer ahorros, ni evitar contraer deudas, se vió en los mayores aprietos, precisamente cuando le sonria la esperanza de ventura que habia de traerle el ángel que su esposa iba á dar á luz.

En efecto, la maestra dió á luz un niño, flaco, canijo, un hijo de maestro de escuela, que no pudo vivir. Y no fué esta sola desgracia la que afligió al bueno de D. Atilano. La mujer, mal asistida por un barbero, mal alimentada, enfermó gravemente, y muriendo, vivió tres ó cuatro años más, dejando al fin este mundo y en él á su marido, lleno de remordimiento por haber unido á su negro destino la suerte de una excelente mujer, digna de la ventura que él no pudo darle.

Desde entonces, el maestro de escuela ha servido

—Y sin embargo de tantos sufrimientos, me decia Atilano, aquí pienso seguir y quiero morir aquí, porque tengo amor á mi profesion y me costaria mucho separarme de estos queridos niños, que solo á mí deben el alimento intelectual, el conocimiento de la doctrina cristiana, los primeros rudimentos de la educacion. La idea de que acaso, andando el tiempo, alguno de estos niños llegue á ocupar un alto puesto en la sociedad me halaga mucho y me compensa tanta pena como he sufrido y sufro. Acaso se acordará de pobre maestro de escuela de quien recibió las primeras lecciones y le consagrará en su corazon un tierno tributo de cariño.

No pude ménos de enternecerme oyendo á mi pobre amigo.

—Admiro, le dije, tu abnegacion. Para encontrar otra abnegacion igual á la tuya es preciso ir á los países sin civilizar y ver la obra de amor al prójimo en que se emplean los misioneros de nuestra Santa Religión.

—No, me contestó; no necesitas ir tan lejos. En España, en gran número de pueblos y aldeas, encontrarás á mis compañeros de profesion que sufren como yo ingratitudes, injusticias, desaires, calumnias, humillaciones y hambre. La poca ilustracion de los pueblos es el origen de nuestras penalidades. Por esto debemos tener gran interés en cumplir nuestro deber de instruir á la infancia, porque así es de esperar que la nueva generacion será ya más benigna con los maestros de escuela. Trabajemos para que recojan el fruto los maestros que han de sucedernos. Espero que entonces ya no se dirá de nadie que *tiene más hambre que un maestro de escuela*, porque los maestros de escuela no la tendrán. Cuando, gracias á una larga serie de años de paz y reposo, los Gobiernos puedan dedicarse con empeño á la cuestion de los cuestiones, que es la de la instruccion pública, cuando se haya remediado el atraso intelectual en que nos hallamos y se haya rehecho la fortuna pública, entonces no se dará el ejemplo de que un maestro de escuela se muera de hambre, ni se verán anuncios de escuelas vacantes con 200 pesetas al año, ó con ménos todavia, y no será, por consiguiente, el trabajo del maestro de escuela el que más mezquinamente se retribuya en España.

CÁRLOS FRONTAURA

—

Han acertado la solucion del jeroglífico inserto en el número 41, las señoras de Granda, doña Jesusa y doña Encarnacion; doña Rosario Treviño; la señorita doña Julia Rubio y doña Angela Moreno, y la charada del mismo número doña Cecilia Spinola, doña Encarnacion Recio, doña Dolores Brieva y D. Calixto Mosett.

SOLUCIONES

Á LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR

PE-ON-ZA

—

AL JEROGLÍFICO DEL PROPIO NÚMERO

A Castilla y á Leon
nuevo mundo dió Colon.

—

ADVERTENCIA

Al presente número acompaña como regalo el pliego 4.º del Devocionario de D. Pedro Lumbreras.

R. Velasco, impresor, Rubio. 20

ALBUM MUSICAL
DE LA
Ilustracion de los Niños

A la Señorita D^{ca} Jesusa Granda.

EL CANARIO—VALS IMITATIVO PARA PIANO
por
EDUARDO LOPEZ JUARRANZ.

Todo 8^a alta

Loco

8^a alta

FIN.

cres. D.C. al Fin

en varios pueblos, concentrando todos los afectos de su alma buena en uno sólo, en el amor á los niños. No hace mucho tiempo que tuve ocasion de verle en el pueblo donde ejerce. Si no hubiera sabido que era mi amigo D. Atilano, es seguro que no le habria conocido. Su aspecto es propiamente el mismo del maestro de escuela que aparece en las caricaturas de los periódicos festivos. Vive en un tugurio mal sano, que amenazaba ruina; en invierno se hiela, y en verano, para no abrasarse, tiene que dormir en el portal; no ha podido conseguir ver una paga junta hace años; cuando la superioridad aprieta mucho al alcalde, le dan una especie de limosna á cuenta, y no pocas veces, me ha dicho, ha tenido que mendigar un pedazo de pan de sus discípulos, que dicho sea en honor de la ternura de sentimientos de los pobres niños, nunca se le han negado.